

PARA TODOS

En el huerto con él

Juan 18:26

Cuando Moisés se acercó a la zarza ardiente, oyó la voz de Dios que decía: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5). ¡Cuánto más el huerto de Getsemaní es para nosotros una tierra santa, a la que solo podemos acercarnos hasta cierta distancia, con toda reverencia y adoración!

En la orilla del Jordán, Jesús, “mirándole”, dijo a su futuro discípulo: “Tú eres Simón... tú serás... Pedro” (Juan 1:42). Y desde aquella pesca milagrosa, durante la cual reconoció ser pecador, Simón, convertido en Pedro, siguió a Jesús (Lucas 5:8-11).

“Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1). Jesús iba a lavar los pies de sus discípulos, pero Pedro se oponía a ello. Entonces Jesús tuvo que decirle: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después... Si no te lavare, no tendrás parte conmigo... no me puedes seguir ahora” (Juan 13:7-8, 36). Pedro no estaba dispuesto a reconocer su ignorancia ni su incapacidad: “Mi vida pondré por ti”, dijo en el versículo 37.

Jesús se fue con sus discípulos “al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto” (Juan 18:1). Tal como lo había hecho en el momento de la resurrección de la

hija de Jairo y en el monte de la transfiguración, tomó con él solo a tres discípulos: Pedro, Jacobo y Juan. Esa noche seguramente recordaron la habitación donde la joven había sido devuelta a sus padres, o la montaña donde Moisés y Elías habían hablado con el Señor Jesús acerca de la muerte que iba a sufrir más adelante en Jerusalén. Esta vez no era el poder de resurrección ni la visión de la gloria futura lo que estaba ante los tres discípulos, sino un hombre afligido y angustiado. “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Marcos 14:33-34). Jesús les pidió que velasen y orasen; mientras tanto él se alejó de ellos a distancia “como de un tiro de piedra”, es decir, la distancia desde la cual un pastor puede lanzar una piedra hasta la oveja que se descarría, para hacerla volver al rebaño.

Era la noche de la Pascua; había, pues, luna llena; a su luz, los discípulos pudieron distinguir a su Maestro de rodillas, orando. Después se durmieron. Como antaño, en Moriah, el Padre y el Hijo estaban solos (Génesis 22).

No obstante, el Espíritu de Dios ha querido hacernos entrar, aunque sea un poquito, en la “angustia” del combate que el alma del Salvador tuvo que sufrir en esa hora suprema. Primeramente pidió al Padre: “Si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Después de haber vuelto a los discípulos y hallarlos dormidos, se alejó una vez más y oró de nuevo: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (v. 42). Luego volvió a los suyos, que seguían durmiendo, pero no les dijo nada. Oró por tercera vez, pronunciando las mismas palabras.

Pedro había sido despertado por la voz que decía: “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?” (Marcos

14:37). Luego se volvió a dormir. Después de la tercera oración, Jesús les dijo: “Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores” (Marcos 14:41). El único momento en que Pedro hubiese podido velar junto a su Maestro “en el huerto” había sido desperdiciado para siempre.

Un instante después, Getsemaní fue invadido por Judas a la cabeza de “mucha gente con espadas y palos”, que venía “de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo”. Pedro vio al traidor besar a Jesús. Oyó la voz amada que dijo con tristeza: “Amigo, ¿a qué vienes?” (Mateo 26:50). Queriendo librar a su Maestro, el discípulo desenvainó su espada y cortó la oreja de Malco, un siervo del sumo sacerdote. Por ello recibió los reproches del Salvador, quien enseguida tocó la oreja del esclavo y lo curó.

A partir de entonces, Pedro siguió a Jesús “de lejos”. Fue introducido en el palacio del sumo sacerdote por Juan, a quien conocían (Juan 18:16). ¿Qué otra cosa podía hacer sino calentarse junto a los alguaciles, cerca del fuego que habían preparado? Y allí un esclavo, pariente de Malco, preguntó a Pedro: “¿No te vi yo **en el huerto con él?**”.

Satanás había pedido que se le permitiera zarandear a los discípulos (Lucas 22:31). El Señor había orado por ellos, especialmente por Pedro, para que su fe no desfalleciera. No obstante, en ese momento decisivo, todos los recuerdos del huerto habían desaparecido de su memoria. Pedro solo pensaba en sí mismo, y negó a su Maestro tres veces.

Especialmente durante el culto y la celebración de la Cena, memorial de su muerte, se puede haber estado “con él en el huerto” y, no obstante, poco después, olvidarlo todo e incluso negar al Señor.

¡No confiemos en nuestras propias fuerzas! El Señor dijo: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Marcos 14:38).

G. André

El Señor quería confiar a Pedro un trabajo importante después de Su resurrección; pero para que pudiera cumplirlo, tenía que aprender a conocerse y perder toda confianza en sí mismo. A pesar de su celo y de su gran amor, todo el poder que necesitaba para su trabajo tenía que venir del Señor. Debía haberse dado cuenta de ello cuando Jesús le advirtió, pero no lo entendió así y tuvo que pasar por una lección dolorosa. Una vez que la aprendió, Pedro pudo ser útil a sus hermanos. Pudo fortalecerlos, mostrándoles por experiencia propia que, aunque se tengan las mejores intenciones, uno solo puede estar en el servicio de Cristo y hacer frente al poder del enemigo, si desconfía por completo de sí mismo. Hay que buscar la fuerza y la sabiduría del Señor.

Extracto de «Pláticas Sencillas – Lucas» de S. Prod'hom

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).